

Una huella que perdura en Chile y en el continente

Militares napoleónicos en América: educación para todos

por Patrick Puigmal y Marc Turrel*

Reducir un militar a su solo ser castrense genera para el historiador el riesgo de no percibir su actuar, su relevancia y su responsabilidad en los acontecimientos históricos. En este sentido, el fenómeno constituido por la llegada a América latina entre 1815 y 1835 de casi dos mil militares napoleónicos no se puede entender ni estudiar solamente desde su condición laboral. El militar es un sujeto con una identidad propia, un entorno familiar particular, una experiencia y una educación personal y, a menudo, una ideología o por lo menos una forma de concebir el mundo que resulta de la combinación de estos elementos.

La caída del imperio napoleónico en 1815 significó para muchos el ocaso de un sueño transformador. El regreso de los borbones y su proyecto monárquico milenario, junto con el dominio de la religión católica y los privilegios prerrevolucionarios de una exclusiva clase social, pusieron fin a la dinámica social instaurada por la Revolución y desarrollada por el Imperio. (Por ejemplo, el hecho de que el 80% de los generales del Grand Ejército provinieran de orígenes sociales populares, habría sido impensable durante la monarquía.) También significó el fin de la idea de una nueva organización socio-política basada en una amplia participación de la sociedad, que en el mejor de los casos, podría haber conducido a un sistema republicano.

Una nueva soxiedad

Para muchos de los que cruzaron el Atlántico, llegar a América Latina representó la oportunidad de perseguir aquel sueño transformador y tratar de concretarlo en el nuevo continente, con la posibilidad de terminar con el modelo monárquico. Así, aunque estos militares pusieron su experiencia profesional al servicio de los nuevos estados, también participaron activamente en otras esferas de la vida cotidiana y en la construcción de una nueva sociedad.

Para ellos, una sociedad no podía prosperar sin un pueblo educado; por lo tanto, varios de ellos, tanto en Argentina como en Chile, se dedicaron a la creación, dirección y gestión de instituciones educativas y universitarias.

La acción decidida de Carlos Ambrosio Lozier, nombrado en 1826 como el primer director laico del Instituto Nacional, permitió abrir la educación a las mujeres, introducir nuevas materias como las matemáticas y la educación física, y crear la primera biblioteca técnica de Chile. Su sueño era transformar el instituto en el faro de la educación chilena. (En su honor, la Funda-



Théodore Géricault, Batalla de Maipo (Litografía), c. 1819

ción de los Napoleónicos de Chile organizó una ceremonia el 27 de noviembre pasado, con la participación del equipo directivo, profesores, alumnos actuales y antiguos, sus descendientes en Chile y el embajador de Francia, Cyrille Rogeau.)

A pesar de la oposición de la élite conservadora de Santiago que provocó su renuncia, su sueño no se desvaneció; durante todo el siglo XIX y XX, el instituto formó a buena parte de la élite política chilena.

Otro oficial napoleónico, Pedro Chapuis, fundó poco después el Colegio de Santiago, el cual, por razones similares a las de Lozier, no perduró. Sin embargo, la mayoría de sus profesores, traídos desde Francia, formaron el primer cuerpo docente de la Universidad de Chile, creada por Andrés Bello en 1841. Tampoco debemos ignorar la creación del primer establecimiento educacional para mujeres en Santiago, creado por la ciudadana francesa Françoise Delauneux, esposa del liberal afrancesado Joaquín de Mora, que tampoco pudo prosperar.

Mientras tanto, otros napoleónicos se distinguieron en los ejércitos emancipadores. Jorge Beauchef fue uno de los cinco oficiales franceses y españoles que integraron el cuerpo docente de la primera escuela militar de Chile en 1817, junto con Antonio Arcos, Carlos Deslandes, Pedro de la Peña y Guillermo Lebas. José Bacler d'Albe fue formador de los primeros ingenieros militares de Argentina, Chile y Perú. Am-

brosio Cramer comandó el batallón 8, desempeñando un papel crucial en la victoria de Chacabuco y más tarde durante la revolución de los libres en Chascomús en 1839. Juan José Tortel fue el primer comandante del puerto de Valparaíso y jefe de la Armada Nacional. Benjamín Viel y José Rondizzoni, futuros generales del Ejército de Chile, así como Juan Pedro Macharratini, colaborador del general Borgoño en la creación de la artillería, y muchos otros (entre 150 y 200 actuaron en Chile), contribuyeron a la modernización de las estrategias, la conducción de tropas y la creación de nuevos cuerpos militares.

Además, se integraron perfectamente en su nueva patria, estableciendo familias y descendencia, dedicándose a actividades civiles tras la guerra. Participaron en la reconstrucción de ciudades destruidas por terremotos, como José Bacler d'Albe, José Rondizzoni y Ambrosio Lozier. También impulsaron actividades industriales, tales como Carlos Lambert y Honorato Delon en la minería de la región de Coquimbo, o en el comercio fluvial, como Carlos Renard y Arcos.

Juan José Dauxion Lavaysse, Bacler d'Albe y Lozier formaron parte de la primera academia de ciencias, con Dauxion encargado del jardín botánico y del museo de Historia Natural de Santiago. En la administración de territorios, destacaron Rondizzoni y Santiago Blaye en el Maule, Viel en Valdivia, Eduardo Guticke en Tal-

ca, Felipe Marguti en Ovalle, y Santiago Moerenhout como diplomático, mientras que Agustín Bardel fue cónsul de Francia en Valdivia.

Discrepancias políticas

Siempre liberales, se aliaron con líderes que, a su juicio, representaban mejor esta filosofía, como Carrera y Freire en Chile, Alvear en Argentina o Riva Agüero en Perú. Sin embargo, enfrentaron los desafíos políticos de la construcción de nuevos estados y la instauración de modelos conservadores, lo que resultó en encarcelamientos, bajas del ejército, exilios, e incluso ejecuciones. A menudo, sus acciones y su reputación se vieron afectadas debido a su pensamiento político.

Sus complejas relaciones con San Martín y O'Higgins en Argentina y Chile o con Bolívar en el Perú se explican principalmente por sus grandes discrepancias políticas.

No obstante, su acercamiento con los liberales permitió que Lambert financiará parte de la expedición de integración de Chiloé en 1825-1826, que Renard y Juan Francisco Zegers participaran a la creación de la primera logia masónica de Santiago en 1827, y que Jacinto Holley le Grand, David Maffet, Tortel y Francisco Dublé iniciaran una línea ininterrumpida hasta hoy de oficiales en la marina chilena.

Podemos entonces afirmar que su sentir político fue el constructor de su destino, aun más en dos casos particulares, con Eustaquio Bruix y Pedro Kuersky, falleciendo por la independencia de su patria nueva durante las batallas de la emancipación chilena.

Tuvieron que esperar 204 años para recibir un reconocimiento oficial en Chile durante la conmemoración del bicentenario de la muerte de Napoleón en 2021, organizada por nuestra Fundación y la Embajada de Francia.

Este evento marcó el inicio de la Ruta de los Napoleónicos, un itinerario histórico, cultural y patrimonial diseñado para preservar la herencia napoleónica en el continente, conectando las principales ciudades donde estos militares dejaron su huella (www.napoleonicos.cl).

Este legado fue destacado por el presidente Macron en un reconocimiento sin precedentes desde la tribuna del Congreso Nacional de Valparaíso durante su última visita oficial a Chile, como una de las múltiples fuentes que hacen de la historia de un país, un conjunto de diversidad y de culturas. ■

*Doctor en Historia e Investigador. Presidente y vicepresidente de la Fundación de los Napoleónicos de Chile.